

El camino como realidad y metáfora: contexto bíblico y extrabíblico

The way as fact and metaphor. Biblical and extra biblical context¹

Hugo Orlando Martínez Aldana²
Wilton Gerardo Sánchez Castelblanco³

DOI: 10.29151/hojasyhablas.n20a5

Resumen

El presente artículo constituye el primer producto del proyecto de investigación: “El camino en la Biblia: presencia y perspectiva”, que indaga acerca de la pregunta ¿Cómo enriquecer el análisis de los pasajes bíblicos en torno al campo semántico del camino, mediante la perspectiva histórica y social en la cual aquellos encuentran su contexto? El escrito concluye cuáles son los rasgos comunes de la vía en las civilizaciones antiguas y su relación con el texto bíblico: Estas surgen paralelamente a los cursos o cuencas de agua, la importancia de los centros religiosos, la división en clases sociales y la especialización de artes y oficios. También se destacó el nacimiento de los senderos como respuesta a las necesidades de transporte y la importancia del panorama histórico para la correcta comprensión de los textos concebidos allí.

Palabras clave: Camino; arqueología; Biblia; cultura; semántica.

Abstract

This paper constitutes the first product of the research project: “The way in the Bible: presence and perspective”, which focus on the question How to enrich the analysis of the biblical passages around the semantic field of the way, from a historical and social perspective that permits them to find their context? The writing concludes saying what are the common features of the road in ancient civilizations and their relationship with the biblical text: the roads emerge parallel to the courses or water basins, the importance of religious centers, the division into social classes and the specialization of Arts and crafts. The birth of the roads was also highlighted in response to the transportation needs and the importance of the historical panorama for the correct understanding of the texts conceived there.

Keywords: Way, archeology, Bible, culture, semantics standards.

(Recibido: 26/11/2020 - Aprobado: 2/12/2020)

¹ Artículo resultado de investigación.

² Doctor en Teología. Docente investigador Corporación Universitaria Minuto de Dios – Uniminuto. Correo: hugo.martinez@uniminuto.edu. ORCID: 0000-0001-5516-3673

³ Doctor en Teología. Docente investigador Corporación Universitaria Minuto de Dios – Uniminuto. Correo: wsanchez@uniminuto.edu. ORCID: 0000-0002-6164-8316

Introducción

Las experiencias cotidianas del ser humano permiten comprender el camino en un sentido físico, cultural, metafórico y teológico. Esta investigación contribuye a la comprensión de cómo el hombre, desde sus orígenes, concibe los itinerarios y cómo nacen los senderos y los caminos, como aporte para enriquecer la comprensión del mundo de la Biblia, en donde el camino adquiere distintos significados a lo largo de la historia, con base en la experiencia de unos personajes o de un pueblo que hace itinerarios con un sentido teológico. Por otra parte, es importante anotar que cuando la Biblia se escribe ya existe una multitud de seres humanos conectados a través de caminos. Lo que Ella hace es constatarlo, interpretarlo y reinterpretarlo, porque desde el libro del Génesis se menciona al “camino (*derek*) del árbol de la vida” (Gn 3,24).

En el primer salmo del salterio aparecen unos verbos que hacen referencia a la vida de un hombre itinerante, un hombre que está en camino y que tiene la tentación de estacionarse: “dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni en el camino de los pecadores se detiene, ni en el banco de los burlones se sienta” (Sal 1,1). Aquí se advierte que detrás del camino (conducta) existe un modelo social donde el ser humano adquiere una conducta. El hombre que se detiene es porque cambia de ruta, adopta un estilo que pertenece al modelo social, y que naturalmente está en contraste con el efecto que produce la meditación de la Ley. La imagen del árbol contrasta fuertemente con la de la paja que se la lleva el viento (Sal 1, 4). En efecto, mientras el árbol está firme porque tiene raíces y en sus ramas aparecen sus frutos, la paja que se la lleva el viento, no tiene ningún asidero y ninguna consistencia. En consecuencia, mientras el justo permanece de pie ante el juicio, el malvado desaparece; no es que haya un castigo para el inicuo, sino que simplemente se esfuma, se pierde, no queda nada de él. En este salmo la imagen del hombre itinerante es justamente aquella del que medita la ley del Señor día y noche (Sal 1,2), es

decir, en todo momento de la existencia. La ley se compara con el camino, porque implica asumir una conducta, un iter, es decir, una repetición hasta que se vuelve conducta. Justamente con esta imagen se describe una de las causas del diluvio: “y miró Dios a la tierra, y he aquí que estaba corrompida, porque toda carne había corrompido su camino (conducta) sobre la tierra” (Gn 6,12).

En este mismo sentido, se encuentra otra metáfora en el diálogo de Abraham con los mensajeros de Dios que se dirigen a destruir Sodoma. Dios no le oculta nada a Abraham porque le conoce y sabe que él “mandará a sus hijos y a su descendencia que guarden el camino (conducta) de Yahveh, practicando la justicia y el derecho” (Gn 18,19). Ese mismo sentido metafórico del camino se encuentra en la descripción de la predicación de Juan Bautista (Jn 1,23), presentado como la voz que clama en el desierto: rectifiquen el camino del Señor (Sánchez, 2009).

Los textos descritos anteriormente muestran la relación entre los caminos físicos y los sentidos metafóricos que ellos van adquiriendo en el texto bíblico. Por consiguiente, este escrito se propone evidenciar cómo una realidad tan natural de todas las culturas, como la de crear o construir caminos como medio que favorece la comunicación y el comercio (pero que necesitaban ser adecuados, mejorados y ampliados con el paso del tiempo) se usa en la Biblia con un sentido metafórico para ofrecer contenidos teológicos.

Metodología

Este artículo presenta, entonces, el camino en el contexto de las distintas culturas de la antigüedad como un marco general para el estudio del camino en la Biblia, con especial atención en lo que sucede cuando se pasa del nomadismo al sedentarismo. Con esa transición cuando aparece el iter que hace referencia a la ruta que se sigue para llegar a un lugar a través de la repetición en el recorrido de un camino, lo que se suele llamar hoy “itinerario”, se estudia a la humanidad que genera

una autopista que comunica la medialuna fértil con otras culturas en África, Europa y Asia.

Además, la Sagrada Escritura presenta innumerables caminos que se extienden en todos los sentidos desde los cuatro puntos cardinales, de tal modo que se requiere encontrar aquellos caminos más representativos desde el punto de vista bíblico, por ejemplo: la ruta de la medialuna fértil, la ruta del Nilo, las rutas del desierto, etc. y ver cómo se conectan unas con otras.

Contexto extrabíblico del camino

Los estudios adelantados por la antropología cultural muestran que cada pueblo tiene sus propios desarrollos de acuerdo con su grado de civilización y en la perspectiva de la evolución de su propia cultura. En este sentido, no se puede afirmar tajantemente que un pueblo es más o menos civilizado que otro, o que una cultura se puede calificar como mejor o peor que otra. Sin embargo, el intercambio cultural es valorado como altamente positivo porque son invaluable los valores, las iniciativas, inventos, estilos de vida, leyes etc. que un pueblo aporta a otro(s). Es decir que, a lo largo de la historia se asiste a un nutrido intercambio de culturas y civilizaciones de los pueblos, que han enriquecido a la humanidad y al orbe.

Existen rasgos comunes que identifican el nacimiento, la evolución y el auge de las civilizaciones. Así, por ejemplo, la cultura en China nace y se desarrolla a lo largo del río Amarillo (Huang He) cuya longitud es de 5.464 km. En efecto, el periodo de inundaciones de este río da origen a terrenos fértiles propicios para la agricultura. Por tal razón, sus habitantes consideran al río Amarillo como la madre de China. Durante el desarrollo de este pueblo se conoció la influencia de costumbres extranjeras en la manera de cultivar el trigo, en la domesticación del ganado, en la utilización del bronce. En consecuencia, es el agua del río la que da vida y origen a esta civilización, y, como se expondrá más adelante, este rasgo está presente en el nacimiento de otras culturas.

Otro rasgo característico que permea la evolución de la humanidad tiene que ver con la construcción de caminos. Desde esta perspectiva, se podría pensar que fueron los romanos quienes por primera vez diseñaron y construyeron caminos, pero no es así. Otros pueblos ya habían trazado y recorrido rutas antes que los romanos (Jacobson, 1940). En efecto, los chinos, por más de 2000 años, construyeron el camino más largo del mundo, llamado “Ruta de la Seda” que tuvo una gran influencia sobre la civilización en cuanto al desarrollo de las culturas, las religiones y las tecnologías y se convirtió en un lugar de encuentro para el oriente (Babilonia, Egipto, India, China) y el occidente (Grecia y Roma) (Frankopan, 2015). Ellos lograron unir sus caminos con la red de calzadas romanas, por un trayecto de 12.800 km, que comenzaba en Cádiz en el Atlántico y terminaba en Shangai en el Pacífico (Ramos, 2007, p.17).

Por otra parte, hacia el 2.600 a.C. en el valle fértil del río Indo surgió otra civilización, en lo que hoy es el territorio de Pakistán e India. Las ciudades que construyó el pueblo Indo estaban perfectamente planificadas y estructuradas, tenían canalizaciones de agua y contaban con el sistema de alcantarillado más antiguo del mundo. La comunicación entre las ciudades de esta cultura era fluvial, aprovechando las aguas del río Indo, pero también de otros ríos secundarios. Esas culturas desarrollaron las ciencias, consiguiendo importantes hitos en el ámbito del cálculo y la medición de distancias, masas y tiempo (Rosell, 2016). También en la India, se construyeron vías desde el 3.250 a.C. y concretamente en el siglo IV a.C. se construyó el camino “real” (para el recorrido del rey), que comenzaba en el límite con el Himalaya y atravesaba la región de Punjab, llegando hasta la ciudad de Prayag (Ramos, 2007).

Por su parte, la civilización americana ya en el año 1.000 a.C. tenía sus propios desarrollos, de tal manera que no deben nada a sus colonizadores. Ellos también tenían sus vías de comunicación para el comercio, las conquistas, y el

desarrollo de los imperios. Así, por ejemplo, los Incas construyeron una red de caminos muy avanzada, desde Quito (Ecuador) hasta el sur de Cuzco (Perú), pasando por la famosa montaña sagrada de Machu Picchu. Por estos caminos circulaban peatones y animales de carga (llamas); y en longitud, la ruta de la costa tenía 3.600 Km, y el camino de la cordillera de los Andes tenía 2.400 (Ramos, 2007).

Las civilizaciones de la “media luna fértil”

Como preámbulo al desarrollo del camino en el contexto bíblico, y dentro del concurso del nacimiento de las varias civilizaciones, y además, teniendo en cuenta la perspectiva intercultural a la que se hizo referencia al inicio del escrito, se presentan ahora los principales pueblos antiguos que ocuparon la así llamada media luna o creciente fértil, como se conoce a la región donde se dinamizaron los desarrollos de la cultura en el medio oriente (Caballos y Serrano, 1988). Se trata de Mesopotamia, con pueblos como los sumerios, acadios, amorreos e hititas, Egipto, y por supuesto, Palestina (antigua Canaán). Ahora bien, la óptica desde la que se presentan tales culturas es la de la comprensión de “el camino o los caminos”, cómo surgieron, cómo entrelazaron a los habitantes de esta región, y qué sentido desarrollaron ellos a partir de sus orígenes.

Desde el punto de vista geográfico se da el nombre de “creciente fértil” a la región enmarcada por el desierto siro-arábigo, uno de los más grandes del planeta, y delimitada por tierras fértiles para el desarrollo de la agricultura, gracias a la presencia del agua (González, 2012). Esta región comprende territorialmente lo que hoy corresponde a los países de Iraq, Irán, Líbano, parte de Turquía, Siria, Israel, Palestina, Jordania y Egipto. Como ya se anotó, esta región se caracteriza por la presencia del agua que hace que los terrenos sean fecundos para la agricultura y, por tanto, para la supervivencia de los pueblos que allí vivieron en la antigüedad, y por supuesto, también para los actuales habitantes. En efecto, el agua abunda en esta

región por la presencia de los ríos Tigris y Éufrates (en el norte), Jordán en Palestina y Nilo en Egipto. El Tigris y el Éufrates nacen en los montes Tauro (Turquía oriental-Anatolia); el Tigris, después de recorrer 1.800 kms, se une al Éufrates, el cual a su vez con una longitud aproximada de 2.800 kms desemboca en el Golfo Pérsico (González 2012). Dado que los dos ríos tienen un recorrido paralelo mientras se juntan, a esta parte del Creciente Fértil se le llama Mesopotamia, que quiere decir, en lengua griega, un territorio en medio de dos ríos (Caballos y Serrano).

Por otra parte, contemplando el paisaje geográfico de esta región, y en la misma perspectiva del nacimiento de otras civilizaciones antiguas, se puede advertir que quien primero construye un camino es el agua de los ríos, y en particular, en esta región lo hace el agua del río Tigris y del río Éufrates (Caballos y Serrano). Ellos definieron su camino, o cauce, hasta su desembocadura en el río Shatt al-Arab (al sur de Iraq) y luego en el Golfo Pérsico. En consecuencia, Babilonia abrió camino a sus viajeros en todas las direcciones de los cauces de estos dos ríos, de tal modo que ellos ofrecieron varias rutas para el desplazamiento hacia y desde el norte y el noroeste. Por su parte, el Golfo Pérsico permitió la relación por vía marítima a lo largo de las costas de Arabia, y del este, hacia la India (Millard, 1987).

Por otra parte, los pueblos que habitaron la región de Mesopotamia, en los orígenes de la civilización, han sido estudiados desde distintas disciplinas y temáticas, gracias a la ayuda de la arqueología, la sociología, la geografía, etc. Sin embargo, se resalta que la cuestión de los caminos, o las vías que se generaban con el itinerario de un pueblo y otro, no ha sido tenido en consideración para un estudio en particular (salvo desde la ingeniería o desde su relación con las rutas comerciales como la de la seda o la púrpura), y menos desde la perspectiva teológica y de otras disciplinas. La literatura romana trata raramente de la construcción de los caminos debido a que los escritores romanos

se preocuparon más por la política y la cultura, que por la ingeniería. Sin embargo, ellos diferenciaban la palabra “vía” que denotaba caminos de larga distancia y “ruga” que reemplazaba a “vicus” que describía las calles de la ciudad. Plinio el joven proporciona algunos detalles de los caminos romanos en sus cartas, pues fue el primero en viajar como turista, bien sea en su territorio o en tierras lejanas (Knapton, 1996). Este aspecto del camino, muchas veces ignorado por los estudiosos, es el que se aborda en esta investigación.

Del nomadismo al sedentarismo

Por su naturaleza, por su evolución y por su vitalidad, el hombre aprende a caminar y empieza a construir caminos en la medida en que crea rutinas y repite itinerarios. Esta manera de ser del hombre permite establecer relaciones interpersonales generando el encuentro con el otro. Ahora bien, en la mayoría de los casos este encuentro ocurre teniendo como mediación un camino, cuyo significado puede ser positivo o negativo. Es positivo cuando el hombre toma un camino para crear relaciones de amistad, cercanía, colaboración, etc. generando vida. Por el contrario, es negativo cuando se generan toda clase de hostilidades, luchas, guerras, destrucción y, por tanto, muerte. Desde esta perspectiva, los caminos que construyen los hombres adquieren un sentido de vida o de muerte, de acuerdo con la intencionalidad con que se recorran.

Antes de la civilización, hace unos 12.000 años, el hombre fue nómada e hizo caminos con sus propios pies para la recolección del alimento: la caza, la pesca y la recolección de los frutos de las plantas. Los nómadas no tienen una meta precisa, ellos van viajando según sus particulares necesidades en busca de la ración diaria, porque aún no tienen dentro de su corazón el deseo de acumular. Por otra parte, ellos se adecúan a las circunstancias naturales y deben afrontar también todos los peligros y adversidades que la naturaleza les ofrece. Por el contrario, el hombre sedentario ya no se contenta con la ración diaria, prevé el alimento

para varios días y despierta el deseo de acumular y atesorar bienes. Además, construye una vivienda y la adecúa de acuerdo con su estilo de vida, para sortear, de una mejor manera, todas las inclemencias del tiempo y de la naturaleza.

En este sentido, la vida nómada difiere marcadamente de la vida sedentaria. En efecto, mientras que para el nómada el referente es el grupo, para el sedentario es la familia; para los nómadas la naturaleza es propiedad de todos (propiedad común), mientras que para los sedentarios existe la propiedad privada. El nómada no acumula, mientras que el sedentario atesora y pretende comprar con su riqueza lo que desea y al costo que sea, incluso aprovechándose y abusando del poder. En este sentido, la Biblia narra una triste historia en tiempos del profeta Elías y del rey Ajab. La esposa de este rey, Jezabel, que rendía culto a Baal, mandó quitar la vida a Nabot para arrebatarle su parcela, que había recibido como herencia, y así satisfacer las ambiciones del rey (1Re 21,1-19).

En consecuencia, es probable que los caminos adquieran una valencia negativa con el surgimiento de la propiedad privada, mezclada con la sed de poder. En este sentido, el hombre busca insaciablemente el poder y despierta su avaricia para acumular bienes, para obtenerlos o también para custodiarlos. Este fenómeno da origen a caminos de violencia, de guerra y de muerte.

Por otra parte, antes de la existencia de los caminos está el instinto de la “comunicación” que cobija no solo al hombre, sino también a los animales. Aguado (2004) afirma que “en la mayoría de los animales sociales, las conductas comunicativas son conductas heredadas: responden a instintos (conductas funcionales) genéticamente determinados que cumplen una función comunicativa” (p. 53). Además, los grandes primates han desarrollado una amplia gama de conductas aprendidas asociadas a una cierta complejidad social donde es posible observar los roles sociales: luchas por el poder, guerras, rituales de sublimación de la

violencia y aprendizaje en el uso de las herramientas (Aguado, 2004).

Los pueblos de Mesopotamia

Cuando el hombre deja la vida nómada se agrupa en pequeñas comunidades dando origen a los pueblos que encuentran su forma de vivir en las aldeas. Así, en Mesopotamia surgió un grupo de pueblos desde al menos hace 6.000 años. El auge de ellos tuvo como eje central el desarrollo de la agricultura, dadas las condiciones propicias ofrecidas por los ríos Tigris y Éufrates. Los habitantes de esa región fueron capaces de canalizar las aguas para irrigar sus cultivos y así se dio el auge de los productos del campo que dieron origen a un mercado tan grande que ya necesitaba de una organización social y política, entre otras cosas, esta organización era necesaria para establecer redes comerciales. De este modo, comenzaron a surgir las pequeñas ciudades, más o menos por el año 3.000 a.C., entre ellas se destaca Sumer, al sur de Mesopotamia, que se convertirá en la capital de la civilización sumeria. Los sumerios dieron origen a las ciudades-estado y gobernaban en una ciudad u otra, hasta que llegó por el camino del norte un pueblo más poderoso que ellos: los acadios. En efecto, un rey llamado Sargón se estableció en la ciudad de Acad y su reino se extendió incluso fuera de Mesopotamia. A la muerte de Sargón volvieron a surgir las ciudades-estado sumerias cobrando importancia la ciudad de Ur, que tenía un poderoso zigurat, templo construido majestuosamente en ladrillo (Caballos y Serrano). Para la tradición judeocristiana Ur es una ciudad que cobrará suma importancia porque desde allí emprende camino la familia patriarcal para dirigirse a Canaán (Gn 11,31). Pero Ur cayó en el año 2.000 a.C. por la invasión de otro pueblo: los amorreos, que procedían probablemente del oriente de Siria (Rosell, 2016). El más importante de los reyes amorreos fue Hammurabi, quien estableció como capital de su gobierno a Babilonia hacia el 1800 a.C. (Tidwell y Pierson, 2003). Según la Biblia esta ciudad fue fundada por Nemrod, quien fue el primero en hacerse prepotente en la tierra, y era

un descendiente de Cam, (Gn 10,8-10). Además, esta ciudad es la famosa Babel, donde el hombre quiso construir una torre tan alta que llegara hasta el cielo (Gn 11,1-9).

Asiria era una provincia de Babilonia que más tarde se convierte también en imperio con dos capitales sucesivas: primero Asur y luego Nínive. Este imperio adquirió un buen desarrollo con el gobierno de Tiglath-Pileser III (745 a.C.) quien pretendió extender su imperio por toda Asia occidental y asegurar para los comerciantes de Nínive relaciones con todo el mundo. Durante su gobierno fueron sometidas algunas provincias como Samaria, Damasco, Neftalí, y Babilonia. Más tarde, bajo el gobierno de Esarhadón (681 a.C.), el imperio alcanzó su máximo esplendor conquistando incluso hasta Egipto y convirtiéndolo en tributario de Asiria. Pero en el gobierno de su hijo Asur-bani-pal hubo lujos y derroches hasta el punto de que se dio el declive del imperio, y Nínive, su capital, fue destruida completamente y nunca más habitada. De acuerdo con el dato bíblico, Nínive fue edificada por Asur, un famoso cazador (Gn 10,11); en el libro de Jonás, que exagera acerca de su extensión y población, se advierte que Nínive era una ciudad muy grande, que se necesitaban tres días para poderla recorrer (Jon 3,3) y que contaba con 120.000 habitantes (Jon 4,11). De todos modos, Nínive era la capital del pueblo enemigo de Israel, pues lo atacaba continuamente (2Re 15,17-22; 17,1-7; Is 20,1; Miq 5,5; Esd 4,2) y por mucho tiempo vivió sometido al imperio asirio (Tidwell y Pierson, 2003).

Por su parte los sirios eran también un pueblo semita que habitaba en el norte de Mesopotamia (4.000 a.C.), y que antiguamente se le conocía con el nombre de Palestina. Pero en realidad este territorio estaba dividido en alta y baja Siria: la parte alta corresponde con Siria (también llamada en la Biblia Aram-Damasco) y la parte baja con Palestina. Políticamente Siria estuvo por mucho tiempo dominada por Babilonia hasta que se crea la monarquía después de Alejandro el Grande (s. III a.C.). Por otra parte, había mucha rivalidad entre los reyes sirios (arameos) y los

de Egipto y el punto de conflicto entre ellos era Palestina (Tidwell y Pierson, 2003). La Biblia hace referencia al constante hostigamiento de los sirios (arameos) a Israel en una u otra época (1Re 11,25; 20,1; 2Re 6,8-14; 16,5; 2Cro 24,23).

Ahora bien, Egipto y Palestina estaban bien comunicados con Mesopotamia, como lo indica González (2012):

La ruta principal a través del territorio de Basán se dirigía a la ciudad de Damasco, estación imprescindible en el trayecto entre Egipto y Mesopotamia. Desde esa ciudad continuaba hacia el norte hasta llegar a Alepo, donde torcía al este para arribar a las riberas del Éufrates y llegar hasta la vieja ciudad de Mari. Otra ruta alternativa, más directa, aunque de mayor dureza, empalmaba Damasco con el Éufrates a través del desierto, haciendo estación en el oasis donde se yergue la bella ciudad de Palmira. Una tercera vía seguía por la costa mediterránea enlazando las ciudades fenicias de Akko (Ptolemaida), Tiro, Sidón, Berytus, Biblos y Ugarit, para de aquí dirigirse a Alepo. Desde Mari, la ruta continuaba descendiendo por el Éufrates hasta la Baja Mesopotamia, donde arribaba, entre otras, a las viejas ciudades de Acad, Babilonia y Ur, desde donde a su vez podía remontar el Tigris en dirección a las ciudades de Asur y Nínive, o traspasarle y llegar a la ciudad elamita de Susa. También desde Alepo partía la ruta norte que se dirigía a Hattusas, la gran ciudad hitita de Anatolia (p. 37).

Los caminos de los persas

La capital Persépolis era la gloria del poder del imperio persa. Los persas en un principio eran nómadas, vivían en tiendas de campaña que recogían y volvían a plantar en otro lugar. La Apadana (era el edificio real de Darío en Persépolis) tenía precisamente la forma de una tienda de campaña, los postes se volvieron columnatas y la piel que cubría la tienda se convirtió en una fina madera (Razmjou, 2010). Así nacieron las formas de los palacios y templos. Según el historia-

dor Herodoto (450 a.C.), los persas construyeron el camino más antiguo y largo, en un período de tiempo entre el 3.500 a.C. y el 300 a.C. (Ramos, 2007). En efecto, con Darío el imperio persa adquirió dimensiones gigantescas, lo que hoy son los países de Irán, Afganistán, partes de Armenia, Pakistán, Turquía, Egipto, Siria, Jordania, y algunas regiones de Asia Central, y hasta el norte de la India (Campos, 2006).

Para conectar los extremos del imperio Darío implementó dos proyectos. El primero se extendió por 2.400 km a lo largo del imperio; el segundo dio origen a una vía de comunicación entre el mar Rojo y el mar mediterráneo. En el año 515 a.C. Darío ordenó a sus ingenieros construir una gigantesca carretera de piedra que surcara todo el imperio desde África hasta la India. Esta vía se llamó el camino real, utilizó todos los aspectos de la ingeniería porque tenía que atravesar montañas, bosques y desiertos. Ellos no tenían asfalto, pero sabían trabajar la piedra de tal manera que hacían un enlosado más alto del suelo para que no se llenara de fango e impidiera el paso de las personas y de los caballos, incluso hicieron un sistema de alcantarillado para que las aguas, tanto de los ríos como de los caños, no dañaran los caminos (Mortorell, 2003).

Pero estos caminos no eran tan avanzados como los caminos romanos de épocas posteriores. El camino real estaba jalonado por 111 posadas y estaciones de descanso cada 29 km, para que los viajeros pudieran comer, dormir y cambiar de montura. Para garantizar la seguridad había vigilantes apostados a lo largo de todo el recorrido. Ese camino aún existe hoy, se puede tomar una ruta desde Turquía hasta el centro de Irán, haciendo las estaciones pertinentes podrían demorar entre 6 o 7 días. Por esta vía llevaban el correo y también era la ruta comercial. Pero como a Darío le interesaba conquistar el norte de África ordenó construir un enorme canal que uniera el Mediterráneo con el mar Rojo (lo que hoy se conoce como el canal de Suez). Construyó un canal de este a oeste de 210

km de longitud. Con los conocimientos de hidrología de la época lograron hacer el canal con la ayuda de los egipcios y tardó aproximadamente 7 años. Algunos tramos eran todavía camino donde tenían que arrastrar los barcos sobre ruedas para pasarlos de un tramo de agua al otro. Así se estableció una ruta comercial entre el Mar Rojo y el Nilo. Por el año 500 a.C. Persia era el imperio más grande que la humanidad hubiese conocido, superando en envergadura y en riquezas al imperio romano cuatrocientos años más tarde (Poolos, 2013). Así, la construcción de los caminos y de los canales se convirtieron en un medio de comunicación sofisticado que contribuyeron para la expansión y el dominio del imperio persa.

Los caminos de los romanos

Sin lugar a duda, los romanos fueron quienes impulsaron la construcción de caminos por una y otra parte, a lo largo y a lo ancho de su imperio. Aunque los etruscos fueron quienes superaron los caminos transitorios para pasar a vías estables y aplicaron la ingeniería a la construcción de caminos amplios y con un pavimento en piedra trabada estéticamente. Ellos incluso habían elaborado mapas para orientar a los transeúntes por estas vías (Knapton, 1996). Los romanos solían dar nombres a sus vías y la vía más antigua es la vía Apia que data del año 312 a.C. y por donde ingresará más tarde el cristianismo a Roma (González, 2012). Los romanos extendieron sus vías por toda la cuenca mediterránea, Augusto construyó la vía Claudia Julia Augusta en Italia (13 a.C.) y la vía Augusta (8 a.C.); Tiberio forjó la red africana; Trajano construyó la red balcánica y Adriano la red británica. Se implementó la construcción de vías hasta el punto de que en la época de su esplendor el imperio contaba con un sistema de vías de más de 100.000 km (Knapton, 1996). Estas vías se organizaban en 29 calzadas que partían de la ciudad de Roma y un sistema de red que abarcaba todas las provincias conquistadas. Por tanto, una vez que Constantino, el emperador romano, se convirtiera al cristianismo (313 d.C.), esta estructura vial facilitó la expansión de la nueva religión por

todo el imperio (Ramos, 2007).

Los caminos egipcios

En Egipto surge otra civilización a lo largo del río Nilo en la que las ciudades-estado dan paso a aldeas cohesionadas en torno al mercado. En el año 3.100 a.C. Menes unificó todo Egipto convirtiéndose en el primer faraón de la primera dinastía de las 31 que gobernaron Egipto por más de 1.500 años. Egipto será clave en la narración bíblica por muchas razones. En efecto, desde el comienzo de la Biblia se dice que Abraham bajó a Egipto (Gn 12,10). Por otra parte, en más de una ocasión, Egipto será fuente de vida para el Pueblo de Israel, pues allí se va por alimento. Y desde esta perspectiva, el Nilo es fuente de vida también para el pueblo de Israel, como lo ilustra la historia de José (Gn 37-45).

Ahora bien, los caminos en Egipto están presentes desde la mitología: una leyenda del Delta del Nilo, denominada Wolf Upuat (el que abre los caminos), en los muros del gran templo de Horus en Edfu, narra cómo Isis creó la serpiente en la ruta del dios Ra. Después que la serpiente lo muerde, él cuenta ante el consejo de los dioses que “cuando recorría por los caminos contemplé cuanto he creado, viajando por las dos tierras (alto y bajo Egipto) que yo he hecho, algo, no sé qué me duele” (Jacobson, 1940, p. 9). Ahora bien, su título de abridor de los caminos (carreteras) se cree que se refiere a los caminos a través del inframundo, pero también puede referirse a las elecciones o caminos tomados en la vida, ya que también parece haber estado relacionado con el poder del faraón viviente. En el “Libro de los muertos” y el libro de “Lo que está en el inframundo” (Amduat) guía al difunto a través del inframundo y lo protege en su peligroso viaje, pero también se pensó que actuaba como un explorador del ejército, “abriendo un camino” para permitirles continuar (Sellers, 1992). Aquí se encuentran grandes similitudes con el Dios de Israel quien acompaña al ser humano, incluso cuando atraviesa por los valles de tinieblas, es decir, por el camino de la muerte,



como lo afirma el Salmista: “aunque pase por valle tenebroso, ningún mal temeré, porque tú vas conmigo; tu vara y tu cayado, ellos me sosiegan” (Sal 23, 4).

Pero el camino pavimentado más antiguo de la historia habría sido construido por Khufu hacia el año 3.000 a.C. durante la cuarta dinastía egipcia, con el objetivo de transportar piedras de las canteras del lado este del Nilo a la meseta en el lado opuesto donde se construiría la pirámide de Khufu. Estos caminos paralelos al río Nilo, sirvieron para transportar los materiales para las pirámides, obeliscos, etc, y por estas rutas pasarán más tarde los griegos y los romanos (Jacobson, 1940).

Desde entonces los sucesores de Khufu se dieron a la tarea de construir caminos, también como una alternativa a la condición del río Nilo. Por estos caminos pasaron tanto los reyes como los campesinos, y los utilizaron sea para el comercio como para la religión, los atravesaron ejércitos, tanto egipcios como extranjeros, desde el Delta del Nilo hasta Nubia. Por estas rutas los Hicsos introducen el caballo y el carro para el comercio, pero también para la guerra (Jacobson, 1940).

Además, desde el norte de Egipto se prolonga el camino “de los Filisteos” hacia Canaán y Siria, esta era la ruta más común que tomaban los faraones. Brugsch lo llama el “antiguo camino real” (Jacobson, 1940, p. 18) a lo largo de la costa del mar Mediterráneo; fue por este camino por donde viajó Abraham dentro y fuera de Egipto, de igual modo Jacob cuando bajó a Egipto para el encuentro con su hijo José. Este camino unió a Egipto con Asia y permitió el comercio entre ellos. Por otra parte, los ejércitos invasores de Asia debieron utilizar este camino durante sus guerras con Egipto (Jacobson, 1940).

En Egipto el camino militar entre el Nilo y el mar Rojo se podía utilizar siempre y cuando se pagara por el tránsito. En efecto, Plinio el viejo dice: “donde quiera que vayas, tienes que pagar,

aquí por el agua, allí por forraje, para pasar la noche, para peajes de todo tipo” (Knapton, 1996, p. 26).

Contexto bíblico del camino: Las rutas de Palestina (Canaán)

Después de haber presentado a las culturas circundantes, ahora la atención se centra en Palestina, que naturalmente adquiere para la tradición judeocristiana una relevancia primordial, dado que allí se va a originar y desarrollar el texto bíblico. Por su situación geográfica, Palestina hace de puente entre las culturas de Mesopotamia y la cultura egipcia (González, 2012). En efecto, en los comienzos del segundo milenio (2.000 a.C.) los amorreos, pueblo nómada, que se había apoderado de la Mesopotamia, establecieron su capital en Babilonia e iniciaron su invasión hacia Canaán (Palestina), empujando a algunos clanes seminómadas que dieron origen al pueblo hebreo. Esta es una teoría muy plausible, que, de aceptarse como cierta, ubicaría el origen del pueblo hebreo recorriendo caminos hasta establecerse de forma sedentaria en Palestina. De todos modos, históricamente se sabe que Hamurabi, rey amorreo, gobernó hacia la segunda mitad del siglo XVIII y comienzos del XVII, escribió un código legal que lleva su nombre, con más de 282 leyes, de las cuales algunas aparecerán más tarde en la legislación hecha por Moisés. Un redactor tardío, para presentar la unidad de los clanes seminómadas, convertirá a todos los jefes de esos clanes en descendientes de Abrahán y rindiendo culto a una divinidad conocida como el Dios del Padre (Soggin, 1999). Al respecto Díez (1993) afirma: “este Dios les habría prometido una tierra y una descendencia, y, al entrar en Canaán, lo identificaron con el dios cananeo El, que se veneraba con un nombre distinto en cada uno de los santuarios cananeos (Siquén, Betel, Mambré, Berseba), y que pasaron a la posteridad como santuarios patriarcales” (p.21).

Los patriarcas son los antepasados de Israel y existen dos modos de esbozar el marco de vida de estos grupos (más que de los personajes): las genealogías y los nombres de lugar e itinerarios

(camino recorrido). La genealogía es la manera más corriente de ubicar a una persona en el tiempo. La secuencia consanguínea padre-hijo subraya la continuidad de las generaciones, pero no necesariamente biológica, sino también expresa una relación comercial, social, religiosa o todas a la vez (Xella, 1982). Por otra parte, los nombres de lugar y los itinerarios permiten determinar la ubicación de los grupos en un espacio determinado. Desde esta perspectiva, el ciclo de Isaac se desarrolla en torno a Berseba, mientras que el de Abraham se ubica en Hebrón-Mambré. Por su parte, el ciclo de Jacob se ubica en Betel, mientras que los textos relativos a Israel, bien sea como grupo o como clan, o con identidad propia, distinto de Jacob, se localizan en torno a Siquem. Lo más probable es que gracias a la genealogía se establezca una cronología lineal, con relaciones de padres e hijos, y se transformen las tradiciones, para que todos los personajes, considerados como antepasados por la posteridad, pasen por los lugares de origen de los distintos patriarcas (González, 2012).

De este modo, nacen los caminos patriarcales que los comunican entre sí, les permite crear relaciones y crear vínculos familiares para la ayuda mutua y el sostenimiento como grupo. Desde esta perspectiva, se puede decir que hay dos grupos de tradiciones patriarcales, uno en el sur, con Abraham e Isaac, y otro en el norte, con Jacob e Israel. Por su parte, los relatos sobre Jacob y Labán (Gn 29-31) son los que más claramente muestran el sentido de las relaciones y la manera como un individuo funda un clan a partir de otro ya existente (González, 2012).

Los caminos en Palestina siguen las mismas direcciones y se superponen a los caminos antiguos ya delineados en precedencia. Es decir, el auge que ellos tuvieron desde el punto de vista de la ingeniería se debe, sin lugar a duda, a los trabajos realizados por los imperios griego y romano. Donde había senderos alternativos, los romanos construyeron, recubrieron de piedra, señalaron y hasta custodiaron los caminos. Por su parte, la

Sagrada Escritura hace referencia a tres vías importantes de la antigüedad: El camino del mar, mencionado en Is 8,23, el sendero real, mencionado en Nm 21,22 y el de los filisteos, mencionado en Ex 13,17 (González, 2012).

En el primer caso, Isaías ve el cambio de suerte para el pueblo de Israel, porque en tiempos antiguos el Señor humilló a la tierra de Zabulón y Neftalí, pero ahora ha llegado la gloria por el camino del mar, al otro lado del Jordán, en la Galilea de los gentiles (Is 8,23). En el segundo caso, el libro de los Números está hablando de la conquista de la Transjordania por parte de las tribus de Israel. En efecto, los amorreos se habían establecido en la meseta del Jordán, escenario del drama bíblico, ellos establecieron justicia en la mitad oriental de esta tierra fértil, y bajo Hammurabi ejercieron poder y dominio desde Elam hasta el Mediterráneo (Tidwell y Pierson). Así pues, los israelitas envían mensajeros a Sijón, rey de los amorreos, en estos términos: “Quisiera pasar por tu tierra. No me desviaré por campos y viñedos, ni beberé agua de pozo. Seguiremos el camino real hasta que crucemos tus fronteras” (Nm 21,22). Pero ante la negación del permiso trabaron batalla venciendo Israel y apoderándose de su territorio (Nm 21,23-24). En el tercer caso, el libro del Éxodo narra la salida del pueblo de Israel de Egipto, y explica por qué el pueblo no tomó el camino más corto, para no pasar por el camino de la tierra de los filisteos, pues Dios dijo: “No sea que, al verse atacado, se arrepienta el pueblo y se vuelva a Egipto. Hizo Dios dar un rodeo al pueblo por el camino del desierto del mar de Suf” (Ex 13, 17-18). En los tres casos, se trata de los caminos antiguos como escenarios de batallas.

Había, pues, dos caminos principales que unían todo el Creciente Fértil en la antigüedad (1.300 a.C.), es decir, las vías que se desplegaban desde Egipto hasta Mesopotamia, naturalmente pasando por Palestina: La “Vía del Mar” y el “Camino Real”. Gonzalez (2012) describe el trayecto de la Vía Maris identificando la cadena de



lugares y ciudades que esta vía unía, e incluso con algunos caminos secundarios en Palestina. La vía al mar partía

De Egipto y pasaba el istmo de Suez por el norte y costeaba el Mediterráneo a través del Sinaí, para internarse en Palestina por el sur y atravesar la llanura al pie de la Sefela. Otro ramal secundario de este camino debía pasar por la misma costa, uniendo entre sí las ciudades filisteas de Gaza, Ashkelon y Ashdod... La llamada Via Maris transitaba junto a la ciudad efraimita de Gezer, que fue plaza fuerte en manos de los egipcios durante largos años. Después atravesaba el paso de Afek, junto a esta ciudad, del que ya hemos hablado, y se dirigía hacia las estribaciones del sureste en la cadena del Carmelo, para buscar la vaguada de Megiddo y así acceder al amplio valle de Yizreel. Megiddo fue también plaza en poder de los egipcios, mientras estos tuvieron el control de la vía. Otro ramal secundario iba desde Afek a los puertos de los llanos de Sharon: Cesarea y Dor, principalmente en época helenístico-romana. El paso del Carmelo junto a la costa no era practicable para el gran comercio o el desplazamiento de tropas, dado que el monte cae precipitadamente sobre el mar. Una vez en la gran llanura de Yizreel, la Via Maris atravesaba la Baja Galilea al pie del Tabor, descendía hasta el norte del lago de Genesaret y atravesaba el Jordán al sur del lago Huleh, junto a la importante ciudad de Hazor, que vigilaba el camino. Otro ramal remontaba el curso del Quisón en el valle de Yizreel, para llegar a la ciudad de Beth Shean, que fue también durante muchos años plaza fuerte en manos de los egipcios; por ahí se internaba en el valle del Jordán (p. 36-37).

En cuanto al Camino Real, Gonzalez (2012) afirma que,

Era en realidad una ruta secundaria y alternativa de la ya descrita, pero que, a diferencia de ella, no bordeaba el Mediterráneo. En efecto, viniendo de Egipto a través de distintas sendas caravaneras por el interior del Sinaí, iba a parar al golfo de Akaba, donde se hallaba el puerto israelita de Ezion Geber. El texto que da pie al

nombre del camino se refiere propiamente al tramo que desde aquel puerto conducía a Damasco a lo largo de toda Transjordania, pasando por los territorios de Edom con su ciudad Bosra, Moab con sus ciudades de Aroer y Dibón, las tierras largamente disputadas entre moabitas e israelitas con Mádaba y Heshbon, para penetrar en el país amonita, pasar por su capital Rabbath-Ammón y continuar después por la tierra de Galaad con Ramoth de Galaad y de allí dirigirse a Damasco, siempre procurando atravesar tierras habitadas y huyendo del temible desierto del este (p. 37-38).

Finalmente, el mismo González (2012) hace un resumen de los principales caminos que circulaban en Palestina, ya propiamente al interior del País, y, sobre todo, bordeando el río Jordán, como sucedía en Egipto alrededor del río Nilo:

Además de estas dos rutas en el camino de Egipto a Mesopotamia, había otras destinadas más bien al tráfico interno entre los habitantes de Palestina. La más notoria era la que seguía más o menos la línea de cumbres de las montañas de Judá y Efraím, partiendo de Beersheva, para arribar a Hebrón, Belén, Jerusalén, Betel, Siquem y Samaría. De ella partían caminos secundarios que empalmaban con la Via Maris, entre los cuales cabe señalar como los más importantes el que descendía desde el norte de Jerusalén a Gezer a través de las vaguadas de Bet Horon, el que desde Samaría lo hacía hasta los llanos que precedían al paso de Megiddo, y el que desde Dotham, más allá de Samaría, bajaba al valle de Yizreel. Otros caminos empalmaban la ruta de las montañas con el «Camino del Rey»: el que iba de Jerusalén a Jericó y de esta a Transjordania, y, sobre todo, el que, desde los montes de Efraím, partiendo de Siquem, bajaba por el Wadi Far'ah pasando junto a la ciudad de Tirsa, hasta llegar al valle del Jordán y, desde aquí, vadeando el río, remontar el cauce del Yabok, tocando las ciudades de Sukkot y Penuel, para llegar por fin a las montañas de Galaad. Todo a lo largo del valle del Jordán existían caminos de norte a sur por ambas orillas (p.38).

Conclusiones

Al examinar el contexto extrabíblico del camino encontramos un panorama de civilizaciones con un rasgo común y trascendente: ellas nacen en torno al agua, concretamente a lado y lado de los grandes ríos. Los caminos van naciendo paralelamente a las aguas (Tigris – Éufrates - Nilo - Jordan), contemporáneamente con los oasis. Dice Heródoto que, así como Egipto surge como un don del Nilo, así también los pueblos van siendo un don de las aguas del creciente fértil (González, 2012).

Pero no solamente las aguas de los ríos ven nacer civilizaciones humanas, sino que también este fenómeno ocurre a lo largo del mar Mediterráneo (mar en medio de las tierras). Con este mar el hombre también ha descubierto la agricultura, el comercio, la geometría y la escritura. Por otra parte, el Mediterráneo se ha convertido en un camino por donde circula la filosofía, la democracia, las religiones del libro (judaísmo, cristianismo e islam). El Mediterráneo ha comunicado entre sí a tres continentes (Europa, Asia y África) y hoy alberga unos 427.000.000 de personas y 24 países; sin embargo, sus hermosas aguas se han visto enrojecidas por las guerras fratricidas, conflictos religiosos, ambiciones de los imperios, etc (Michel y Marant, 2018).

Por otra parte, se ha presentado un recorrido a través de las distintas culturas y civilizaciones sobre el tema del camino, y se han descrito diversas variables que proporcionan un contexto amplio, para abordar el texto bíblico. En particular, en el contexto bíblico, se han detallado los caminos que recorren la geografía de Palestina, y concretamente del territorio de Israel. Este panorama contribuye a la mejor comprensión de los itinerarios bíblicos que se estudiarán en una etapa sucesiva de la investigación.

Un grupo de acepciones del camino se puede agrupar en una metáfora que ilustra mejor su

significado. En efecto, los caminos han sido comparados con el cuerpo humano, especialmente con sus venas y arterias por donde fluye la sangre, hasta que incluso muere. Es verdad, por las vías corre lo que hace vital al hombre: comercio, conocimiento y religión. Cuando estas arterias dejan de funcionar la civilización está destinada a la muerte. En efecto, en el caso del comercio, los productos vitales como la sal, el trigo y otros bienes corren por estos caminos para poder llegar de un sitio de abundancia a un sitio de carencia y así sostener la vida humana (Jacobson, 1940).

Por otra parte, hemos descubierto que la comunicación es un factor inherente al hombre, y uno de los propósitos de los caminos era precisamente la propagación de las noticias. Los mensajeros fueron empleados para llevar noticias entre los principales centros de la población, y por todas partes (Knapton, 1996). Además, tanto el conocimiento como la religión son vitales, y no mueren gracias a los caminos. En efecto, también la religión anda por los caminos del mundo para mantener la espiritualidad y la llama viva de la esperanza. Desde luego que, los caminos son lugares por donde circulan las alegrías, pero también los sufrimientos; los amores, pero también los odios; el conocimiento, pero también la superstición (Jacobson, 1940).

La Biblia no desconoce estos hechos y en el pasaje conocido con el nombre de la “torre de Babel” (Gn 11,1-9) describe la tendencia de la humanidad para crear imperios que esclavizan al ser humano. Los caminos por donde pasan estos imperios, más que un aparente progreso muestran un proceso de sometimiento de distintos pueblos. Justamente Ska (2005) después de estudiar este relato bíblico llega a las siguientes conclusiones. Primera, el relato describe en modo paradigmático el sueño imperialista y totalitario de Babilonia. Segunda, Dios es contrario a este tipo de globalización que implica la cancelación de las diversas culturas. Dios es contrario porque el totalitarismo tiende a cancelar algunos valores sagrados de la



humanidad, especialmente lo particular de cada cultura. Tercera, la diversidad de culturas y la dispersión es querida por Dios y es un desarrollo positivo de la historia humana (Gn 10, 32 y 11, 8). Dios quiere que cada nación tenga su propio espacio y desarrollo de su propia cultura. Dios no se opone a la unidad de los pueblos, sino a la uniformidad forzada por un imperio totalitario.

Finalmente, queda claro que los caminos físicos, construidos por las grandes civilizaciones y recorridos a lo largo de sus respectivas historias, dan origen a diferentes metáforas que el texto bíblico aprovecha para expresar contenidos teológicos.

Referencias bibliográficas

- Aguado, J.M. (2004). *Introducción a las teorías de la comunicación y de la información*. Murcia, España: Universidad de Murcia.
- Caballeros, A. y Serrano, J.M. (1988). *Historia del Mundo Antiguo, Oriente: Sumer y Akad*. Madrid, España: Ediciones Akal.
- Campos I. (2006). Los inicios de la dinastía aqueménida y la formación del imperio persa. *Revista Iberoamericana de Historia*, 1, pp. 19-28.
- Díez, F. (1993). *Guía de Tierra Santa*. Estella, España: Verbo Divino.
- Frankopan, P. (2015). *The Silk Roads: A New History of the World*. New York, Estados Unidos: Vintage Books.
- González, J. (2012). *El creciente fértil y la Biblia*. Estella, España: Verbo Divino.
- Jacobson, H.R. (1940). *A history of Roads from ancient times to the motor age*. Atlanta, Estados Unidos: Georgia School of Technology.
- Michel, J.-M. y Marant, A. (2018) *Mare Nostrum*. Francia: Capa Presse-Arte France.
- Knapton, J. (1996). The Romans and their Roads. The original small element pavement technologists. En: I. I. y K.D. (Ed.). *Proceedings, the Fifth International Conference on Concrete Block Paving*. pp. 17-52. Tel-Aviv, Israel: Ramat-Gan.
- MacGregor, N. (2011). *Eine Geschichte der Welt in 100 Objekten*. Munich, Alemania: Bech.
- Millard, A.R. (1987). *Cartography in Prehistoric, Ancient, and Medieval Europe and the Mediterranean*. En: H. J.B y W. D. (Ed.). *The History of Cartography*. pp. 107-106. Chicago, Estados Unidos: University of Chicago Press.
- Mortorell D. (2003). El Imperio persa. Persépolis, el escaparate imperial. *Historia y vida*, 427, pp. 58-67.
- Poolos, J. (2013). *Darius the Great*. New York, Estados Unidos: Chelsea House.
- Ramos, R.T. (2007). Vías, carreteras y otras calzadas. Breve historia de las mismas, *Cimbra, Revista del Colegio de Ingenieros Técnicos de Obras Públicas*, 376, pp. 16-25.
- Razmjou, R. (2010). *Persepolis: A Reinterpretation of Palaces and Their Function*. En: C.J (Ed.). *The world of Achaemenid Persia. History, Art and Society in Iran and the Ancient Near East. Proceedings of a Conference at the British Museum 29th September – 1st October 2005*. pp.231-245. Londres, Reino Unido: I.B. Tauris. p. 231-245.
- Rosell, J. (2016) *El nacimiento de la civilización, Babilonia, Sumeria, Valle del Indo y Egipto, Documental*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=fPO3dD4ZcIo>.
- Sánchez, W. (2009). *La voz como modo de revelación. Investigación exegético-teológica del término φωνή en el cuarto evangelio*. Roma, Italia: Editrice Pontificia Università Gregoriana.
- Sellers, J. (1992). *The Death of Gods in Ancient Egypt: An Essay on Egyptian Religion and the Frame of Time*. Lewiston, Estados Unidos: Penguin Books.
- Ska, J.L. (2005). *Il libro Sigillato e il Libro Aperto*. Bologna - Italia: Centro editoriale dehoniano.
- Soggin, J. A. (1999). *Nueva Historia de Israel*. Bil-

bao, España: Desclée De Brouwer.

Tidwell, J.B. y Pierson, C. (2003). *La Geografía Bíblica*. Alabama, Estados Unidos: Editorial Mundo Hispano.

Xella, P. (1982). *Gli Antenati di Dio*. Verona, Italia: Essedue edizioni.

